



IV

¡¡¡ELLOS!!!

**L**os talentos de Tartarin eran tan indiscutibles como diversos; todos lo reconocían así, y á esos talentos debía sin duda alguna nuestro héroe su buena reputación en la ciudad.

Era además una verdad innegable que aquel demonio de hombre se granjeaba la voluntad de todo el mundo.

La guarnición era entusiasta de él, y,

por lo tanto, su partidaria decidida. El bravo comandante Bravida, oficial 1.º retirado de Administración militar, decía de Tartarin: "¡Es un valiente!". Y claro está que de tal afirmación no podía dudarse, porque aquel bizarro militar debía de ser perito en la materia.

La magistratura le apreciaba también, pues dos ó tres veces, en pleno Tribunal, el anciano presidente Ladeveze había dicho de él:

— "¡Es un gran carácter!",

Y, en fin, el populacho le idolatraba. Su obesidad, su modo de andar, su aire, un aire de buen caballo de trompeta que no se asusta por el ruido; su fama de héroe, nacida no se sabe cómo, y el reparto de algunos céntimos, acompañados de no pocos cachetes á los pequeños limpia-botas instalados delante de su puerta, habían hecho de él el *lord Seymour* de la localidad, el rey de los mercados tarasconenses.

El domingo por la tarde, cuando Tartarin volvía de caza con su gorra en el cañón de la escopeta y bien abotonado su chaquet, los mozos de cuerda del mue-

lle se inclinaban respetuosamente á su paso, é indicando con una mirada sus enormes brazos, se decían unos á otros con admiración:

— ¡Ese sí que tiene fuerzas!... los unos.

— ¡Tiene DOBLES MÚSCULOS! añadían otros.

— ¡DOBLES MÚSCULOS! repetían los demás.

Sólo en Tarascón se oyen estas cosas.

Y, sin embargo, á pesar de sus numerosas aptitudes, de sus *dobles músculos*, del favor popular y de la estimación tan valiosa del comandante Bravida, Tartarin no era feliz: la vida que hacía en aquella ciudad, le ahogaba.

El gran hombre de Tarascón se aburría allí.

La verdad es, que para una naturaleza tan exuberante como la suya, para un alma aventurera é ilusa, que no soñaba sino con batallas, correrías por las Pampas, grandes cacerías, arenas del desierto, huracanes y ciclones, era muy triste dar todos los domingos una batida á la gorra, y lo demás del tiempo pasarlo en administrar justicia en casa del armero Costecalde...

Cierto es que todos se sometían á sus

deliberaciones, y que nadie trataba de apelar contra sus fallos: pero... ¡pobre grande hombre!

A la larga, era cosa de que muriese por consunción.

La sociedad tarasconense no le bastaba; aquella atmósfera le era insuficiente; no le satisfacía la caza de la gorra, y su esfera de acción allí era asaz reducida.

En vano que para alimentar su imaginación y para eludir la holganza y la ociosidad del Círculo, se rodeara del baobab y otros vegetales africanos; inútil que amontonara armas; en balde que alimentase su espíritu con lecturas novelescas, procurando, como el inmortal Don Quijote, arrancarse por el vigor de su sueño á las garras de la despiadada realidad... ¡Ay! Todo cuanto hacía ganoso de calmar su sed de aventuras, no servía sino para aumentarla.

La vista de sus armas le mantenía en estado continuo de cólera y excitación. Sus rifles, sus flechas y sus lazos le gritaban: "¡Batalla, batalla!". El viento que soplaba entre las ramitas del baobab le daba malos consejos y, para remate, le

incitaban con sus inventivas Julio Verne, Fenimore Cooper, Gustavo Aimard y otros novelistas de gran renombre.

¡Oh! ¡Cuántas veces, en las largas tar-



des de verano, estando solo leyendo en su gabinete, se levantó Tartarin rugiendo, tirando el libro y precipitándose sobre la pared para descolgar las armas de su panoplia!

El pobre hombre, olvidando que se ha-

llaba en su casa de Tarascón, rodeada la cabeza con un pañuelo de seda y en calzoncillos, se identificaba de tal modo con su lectura, que, exaltándose con el sonido de su propia voz, vociferaba blandiendo un hacha ó un *tomahawk*:

—¡Que vengan ellos ahora! decía.

¡Ellos!

¿Quiénes eran ellos?

¡Ellos! era todo lo que ataca, todo lo que combate, todo lo que muerde, todo lo que araña, todo lo que aúlla, todo lo que ruge.

¡Ellos! era el indio sioux bailando alrededor del poste en donde está atado el desgraciado blanco.

¡Ellos! era el oso de las montañas que se balancea y se lame con su lengua llena de sangre.

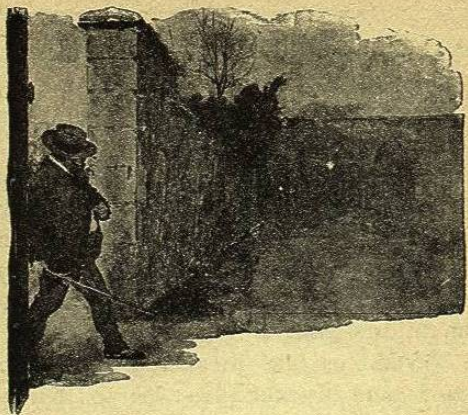
¡Ellos! eran el *tuareg* del Desierto, el pirata malayo, el bandido de los Abruzos... ¡Ellos, en fin, eran ellos!...

Es decir, la guerra, los viajes, las aventuras, la gloria.

Pero ¡ay! por más que el intrépido tarasconense *los* llamara y *los* desafiara... *ellos* no aparecían nunca...

¿Y para qué habían de ir á Tarascón? Sin embargo, Tartarin *los* esperaba siempre, y sobre todo, hubiera deseado hallárselos cuando por la noche se dirigía al Casino.





V

#### TARTARIN CAMINO DEL CÍRCULO

**E**L caballero templario preparándose para la lucha contra los infieles; el *tigré* chino disponiéndose para el combate; el guerrero comanche entrando en el sendero que conduce al sitio de la batalla, no son nada comparados con Tartarin de Tarascón armándose para

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

29890

ir al Círculo, á las nueve de la noche, una hora después de la retreta,

Zafarrancho de combate, como dicen los marinos.

En la mano izquierda Tartarin llevaba un rompecabezas con púas de hierro; en la derecha un bastón con estoque; en un bolsillo el revólver, en otro el puñal, y en el pecho, entre la elástica y la camisa, un cris malayo.

Verdad es que se abstenía de llevar las flechas envenenadas; eso no: Tartarin era de noble condición, y las consideraba como armas ajenas á todo hombre bien nacido; ¡armas desleales para el enemigo y para el que las usa!...

Antes de salir, en el silencio y la soledad de su salón, se ejercitaba un momento en el manejo del florete, y después, cogiendo la llave, atravesaba el jardín sin apresurarse y abría bruscamente la pesada verja de hierro, de modo que pegara contra la pared... Si *ellos* hubieran estado detrás... ¡qué tortilla los hiciera!

Por desgracia, *ellos* no se hallaban allí.

Abierta la puerta, Tartarin salía, lan-

zaba una rápida ojeada á derecha é izquierda, cerraba con doble vuelta la llave y echaba á andar.

El camino estaba solo; no se veía ni un gato. Las puertas se hallaban cerradas, apagadas las luces, y, por lo tanto, reinaban las tinieblas; solamente un farol brillaba entre las nieblas del Ródano.

Arrogante y tranquilo, Tartarin de Tarascón marchaba de noche, haciendo sonar sus tacones á compás y arrancando chispas de las piedras con la contera de su bastón.

En los bulevares, calles y callejuelas, tenía siempre mucho cuidado de andar por medio de la calzada, excelente precaución que permite ver venir el peligro, y, sobre todo, evitar lo que durante la oscuridad cae algunas veces de las ventanas en las calles de Tarascón.

Al verle tan prudente, no crea nadie que Tartarin fuese pusilánime... ¡No! Era que tomaba sus precauciones.

La mejor prueba de que no tenía miedo es que, en vez de ir al Círculo por el paseo, iba por la ciudad: es decir, por lo más largo, por lo más solitario, por un

sin fin de callejuelas, desde las que se ven rielar siniestramente las aguas del río.

El pobre hombre esperaba siempre que en alguna de aquellas revueltas, ellos se lanzaran desde la sombra y cayeran sobre él. Ellos hubieran sido bien recibidos, de seguro. Pero ¡ay! por una burla del Destino, nunca se presentó á Tartarin la suerte de tener un mal encuentro; ni un perro, ni siquiera un borracho. ¡Nada!

Algunas veces, no obstante, oyó ruido de pasos, voces ahogadas... "¡Atención!", se decía nuestro héroe; y se quedaba plantado, procurando ver en la oscuridad, tomando el viento y apoyando el oído en el suelo, como hacen los indios.

Los pasos se acercaban, las voces se dejaban oír más próximas... Ya no había que dudar. Ellos llegaban... Ellos estaban allí, y ya Tartarín, echando chispas por los ojos, sin aliento, se recogía como un jaguar y se preparaba á saltar lanzando su grito de guerra..., cuando de repente, entre la sombra, oía á algún conocido que decía con mucha calma:

—Es Tartarin... ¡Eh, adiós, Tartarin!... ¡Maldición! Era el boticario Bezuquet con su familia, que venían de cantar *la suya* en casa de Costecalde.



—¡ Buenas noches, buenas noches! re-funfuñaba Tartarin, furioso por su equivocación; y con cara teroz proseguía su marcha.

Cuando llegaba á la calle del Casino,

el intrépido tarasconense esperaba todavía un momento, paseándose arriba y abajo delante de la puerta, y, por fin, cansado de esperar y convencido ya de que *ellos* no se presentarían, echaba en la oscuridad una postrer mirada de desafío, y murmuraba iracundo:

—“¡Nada!... ¡Nada!... ¡Siempre nada!...”

Y entraba en el Círculo á jugar su partida con el comandante.



## VI

## LOS DOS TARTARIN

CON tan marcado afán de aventuras; con tanta necesidad de emociones fuertes; con una verdadera pasión por los viajes, ¿cómo era que Tartarin no se había ausentado alguna vez de su país?

Porque es un hecho plenamente comprobado que hasta los cuarenta y cinco años el valeroso tarasconense no había traspasado los límites de la ciudad que le vió nacer.



Ni siquiera había ido á Marsella , cosa que todo buen provenzal hace en cuanto llega á su mayor edad.

Apenas si conocía á Beaucaire , y , sin embargo , no está lejos de Tarascón, puesto que para ir allá basta con pasar el puente, un puente largo, es verdad, más largo que un día sin pan, y frágil hasta el punto de haber sido en más de una ocasión arrastrado por las aguas ; pero nuestro hombre no le había atravesado nunca. No se presentó jamás la necesidad de hacerlo, y la prudencia , como él decía , es compañera inseparable de los valientes.

A pesar de lo endeble de aquel puente y de lo inseguro que estaba , Tartarin lo hubiera mil veces atravesado corriendo, si menester fuese, porque no se tenía por cobarde, y sí por previsor y precavido. Se sentía capaz de alcanzar la meta del héroe, mas no la del temerario, que obra sin razón justificante y sin examen detenido de las cosas y de las circunstancias, según la fuerza intelectual de cada uno.

Sin embargo , como no siempre el hé-

roísmo se asienta en un espíritu sereno y reflexivo; como los arranques del héroe obedecen en determinados casos á los impulsos de la pasión, del sentimiento y de la superioridad de sus enemigos, ¿á qué causa se debería que en nuestro buen Tartarin no sucediese jamás eso; antes bien, que procediese con calma siempre, y no obrase sino después de darse cuenta clara de sus determinaciones?

Ni la vanidad, ni el orgullo, ni el temor al ridículo, que sabido es ciegan á los hombres y los lanzan á la realización de empresas ó de actos de los que luego han de arrepentirse, obraban de lleno y de repente en su ser, sorprendiendo ó apoderándose de su voluntad, sino que provocaban en su alma cierta lucha y daban lugar á dudas y vacilaciones, hasta el punto de haberse expuesto más de una vez á perder su reputación.

¿De qué medios nos habremos de valer para explicar semejante fenómeno , que determinaba el carácter especialísimo del valiente tarasconense , del célebre Tartarin de Tarascón?

Preciso es convenir en que había en él dos naturalezas muy distintas, contrarias, diametralmente opuestas.

“Siento dos hombres en mí,” dijo no sé qué Padre de la Iglesia; y esto era lo que con verdad pudiera asegurarse, tratándose de Tartarin.

El gran tarasconense, como convenrán en ello cuantos conozcan su historia, llevaba en sí el alma de Don Quijote, los mismos rasgos caballerescos, su mismo ideal heroico, idéntica locura por lo novelesco y lo grandioso; pero desgraciadamente no tenía el cuerpo del célebre hidalgo, aquel cuerpo huesoso y delgado, casi transparente, un escrúpulo de cuerpo, en fin, en el que tan poca presa hacía la vida material, capaz de pasar veinte noches seguidas sin desabrochar su coraza, y cuarenta y ocho horas con un puñadito de arroz por todo alimento... El cuerpo de Tartarin, por el contrario, era soberbio, grueso, pesado, muy sensual, asaz delicado, en gran manera quejumbroso, lleno de apetitos de todo género, y amante de la comodidad; en una palabra, el cuerpo barrigudo y

corto sobre robustas piernas del inmortal Sancho Panza.

¡Don Quijote y su escudero en un mismo hombre!

Compréndese, desde luego, el mal consorcio que deberían hacer.

¡Cuántos combates! ¡Cuántas reyerzas!...

¡Qué gracioso diálogo podría escribirse entre los dos Tartarin: el Tartarin-Quijote y el Tartarin-Sancho!

Tartarin-Quijote, exaltándose con las novelas de Gustavo Aymard y gritando:

—“¡Yo parto!”

Tartarin-Sancho no pensando más que en el reuma, diciendo:

—“¡Me quedo!”

TARTARIN-QUIJOTE, *muy entusiasmado*:

—Cúbrete de gloria, Tartarin.

TARTARIN-SANCHO, *con mucha calma*:

—Tartarin, vístete de franela.

TARTARIN-QUIJOTE, *cada vez más excitado*:

—¡Oh, los buenos rifles de dos cañones!

¡Oh, las dagas, los lazos, los trabucos!

TARTARIN-SANCHO, *con más cachaza aún*:

—¡Oh, qué buenos los chalecos de lana,

las buenas calzas, muy calentitas, y las gorras con orejeras!

TARTARIN-QUIJOTE, *fuera de sí*:

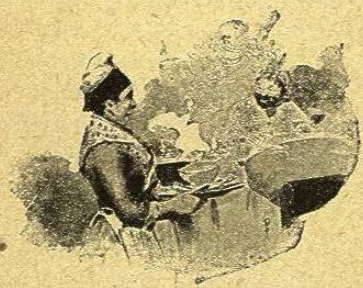
— ¡Un hacha, que me den un hacha!

TARTARIN-SANCHO, *llamando á la criada*:

— ¡Juanita, mi chocolate!

Y la muchacha aparece con un excelente soconusco caliente, perfumado y acompañado de suculentas tostadas, que hacen reír á Tartarin-Sancho y ahogan los gritos de Tartarin-Quijote.

Y he aquí por qué Tartarin de Tarascón no había salido nunca de su ciudad natal.



## VII

## LOS EUROPEOS EN SHANG-HAI

EL ALTO COMERCIO. — LOS TÁRTAROS. — ¿SERÍA UN IMPÓSTOR TARTARIN DE TARASCÓN? — EL ESPEJISMO.

Poco faltó, sin embargo, cierto día para que Tartarin se dispusiera á emprender un largo viaje.

Los tres hermanos Garcio-Camus, tarasconenses establecidos en Shang-Hai, le ofrecieron la dirección de una de sus casas mercantiles.